

Entre la física y la metafísica

A través de una abundante correspondencia, durante breves encuentros fuera del país, en reiteradas visitas a su vieja casa de Santos Lugares y hasta telefónicamente, Carlos Catania ha sostenido con Ernesto Sábato un diálogo personal durante más de veinte años. El resultado es el presente volumen, publicado en francés con el título de *Mes fantômes*, y en castellano, *Entre la letra y la sangre*.

¿Quién es verdaderamente Sábato? ¿qué le ha preocupado hasta el fondo a lo largo de sus 78 años de vida? ¿cuáles han sido sus móviles, sus intereses auténticos, sus puntos de referencia?. Estas son las trascendentales preguntas que Catania se plantea, y a las que consigue ir dando sustanciosas respuestas, a lo largo de algo más de ciento cincuenta páginas.

«Sábato es un hombre terriblemente conflictuado, inestable depresivo, con una lúcida conciencia de su valer, influible ante lo negativo y tan ansioso de ternura y de cariño como podría serlo un niño abandonado. Esta necesidad casi patológica de ternura hace que comprenda y sienta de tal manera a los desvalidos y desamparados. Pero también —y debo subrayar que cada vez menos— es arbitrario y violento, y hasta agresivo, aunque creo que estos defectos son producto de su impaciencia»... Es Matilde Kusminsky-Richter, esposa del escritor, quien así se expresa cuando Catania le preguntaba, hace unos veinte años, acerca de su esposo.

Y Sábato dice de sí mismo: «Siempre he sido hipercrítico, autodestructivo y depresivo. Los momentos de depresión en mí ocupan la mayor parte de mi existencia, momentos en que todo me parece horrible; la sociedad en que vivimos, espantosa, y en que se me ocurre que es casi imposible comunicarme con los otros, como si habláramos lenguas distintas o como si estuviéramos gritando desde islotes diferentes y tratando de ayudarnos con gestos.»

Raíces profundas

«¿Cómo eran sus padres?». Es una de las primeras preguntas clave que Catania expone a su entrevistado. «Mi madre era una mujer excepcional, —responde Sábato—, muy posesiva, al menos conmigo... Mi padre era más arisco, áspero, violento. Transcurrieron muchos años, sufrí muchos golpes, perdí grandes ilusiones y conocí a multitud de gente antes de estar en condiciones de recuperar a aquel padre al que le tenía terror, casi diría un terror sagrado. Comprendí finalmente que detrás de su aspereza había un hombre esencialmente bueno y puro. El camino hacia nuestro yo es muy largo, pasa por seres y universos remotos. Pero, como casi siempre ocurre, uno llega demasiado tarde a esa comprensión.»

Los padres de Ernesto Sábato eran emigrantes, llegaron a Argentina a finales del siglo pasado. El fue el décimo hijo, todos varones, y llegó al mundo cuando acababa de morir Ernesto, su hermano inmediatamente mayor. Y le pusieron el nombre del muerto... «Mi madre se aferró a mí —dice—, creo que con desesperación. Era muy austera y estoica, absolutamente reservada, pero tenía infinita capacidad de amor. Eso quizá me hizo mucho mal.»

A los doce años sufrió su primer despegue, cuando lo enviaron a la ciudad de La Plata a hacer el bachillerato, lejos de su madre.

«Me sentía aislado en el aula —dice Sábato—, me sentía ridículo, un chico de pueblo, de campo, sentía que el mundo era hostil y horrible, imperfecto. Hasta que asistí por primera vez a la demostración de un teorema de geometría. Sentí una especie de éxtasis, descubrí un mundo perfecto y exacto, hermoso e incorruptible. No sabía que acababa de descubrir el universo platónico. Entonces, en aquel momento maravilloso se inició una nueva etapa en mi vida, señalada por una eterna lucha entre las tinieblas y la luz, entre el mundo de los hombres y el universo de las ideas».

Para resistir la existencia

Catania comenta, cómo en cierto modo, envidia a los escritores que hablan de su trabajo como si fuera un juego, incluso un juego divertido, que proporciona satisfacciones mundanas. Sábato contesta de inmediato: «Para mí nunca ha sido un juego, lamentablemente. Yo no escribí para ganar dinero, ni premios, ni por la vanidad de verme impreso. Puede parecerle excesivo, pero escribí para resistir la existencia. Por eso mis libros son tan desagradables, y no se los recomiendo a nadie. Más aún: vigilé cuidadosamente que mis hijos no los leyeran, al menos mientras mantuve esa posibilidad, mientras eran adolescentes.»

Catania advierte que a menudo, Sábato, al hablar de temas que pueden considerarse «normales», se enfurece. Mientras que, a veces, cuando bucea en zonas tenebrosas, sale a relucir su sentido del humor. Dice entonces: «Creo que su vida ha sido, y es, un agotador oscilar entre el día y la noche, entre la física y la metafísica, entre la idea y la sangre.»

Y Sábato responde: «Escribir es un desgarramiento, una oscura condena.» Probablemente es de todos sabido, pero tal vez viene bien recordar que Ernesto Sábato nació en Rojas, provincia de Buenos Aires, en 1911. Hizo su doctorado en Física y cursos de Filosofía en la Universidad de La Plata, trabajó en radiaciones atómicas en el Laboratorio Curie y abandonó definitivamente la ciencia en 1945 para dedicarse exclusivamente a la literatura. Ha escrito varios libros de ensayo sobre el hombre en la crisis de nuestro tiempo y sobre el sentido de la actividad literaria. Los títulos más significativos son *El escritor y sus fantasmas* y *Apologías y rechazos*. Sus tres novelas, *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador*, han sido admiradas por los escritores de primera fila de todo el mundo. En 1983, fue elegido Presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, creada por el Presidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín. El resultado de las tareas de dicha comisión fue el impresionante volumen titulado *Nunca más*, conocido como *Informe Sábato*. En 1984, Ernesto Sábato obtuvo el Premio Cervantes.

Arte y justicia social

En estas entrañables conversaciones mantenidas con Carlos Catania, Sábato recuerda como un paso fundamental en su vida el despertar de la conciencia de la injusticia social, el descubrimiento de un mundo de explotación y de países oprimidos: «Había dos muchachos de familia anarquista en mi división: uno se llamaba Grinfeld y otro Prina. Prina terminó su vida en la Guerra Civil Española, pero eso fue años después. Me refiero a mis años de secundario, entre 1924 y 1929. Por ellos entré en un recinto secreto y maravilloso; nos sentíamos como elegidos, hablábamos con entusiasmo durante horas y horas, leíamos folletos que hablaban de la buena nueva, participábamos de manifestaciones callejeras por Sandino y por Sacco y Vanzetti, corridos por la policía. Todo esto mezclado a mis lecturas de los escritores románticos, mi primera gran pasión literaria. No sólo Chateaubriand sino también Von Kleist, *Los bandidos*, de Schiller, libros así... Se abría ante mí un mundo fascinante y dramático...»

A lo largo de su vida y en el contenido de su obra, Sábato no se ha cansado de expresar, cómo para la abolición de injusticia social el mundo de la literatura no sirve, que hay otros instrumentos, esencialmente políticos. En el presente libro lo manifiesta así: «Subestimar o desechar una obra de arte porque no contribuye a esa lucha es un acto de locura. Cada vez que esto sucede hay que recordarles a los muchachos y chicas preocupados por la cuestión social que un conocido revolucionario llamado Karl Marx admiraba a Shakespeare, recitaba fragmentos de sus obras de memoria, conocía a fondo la lírica inglesa y la alemana, veneraba al poeta Goethe, consejero de corte y ultrarreaccionario, y consideraba modelo de novelista al monárquico Balzac. No era, por lo visto, partidario de destruir la obra de esos conservadores en nombre de la revolución social.»

«Personalmente, creo —acaba diciendo— que si un solo niño se muere de hambre, esto cuestiona hasta la existencia de Dios, me parece uno de los hechos más tristes y abominables de la existencia humana; pero me cuido muy bien de echarles la culpa a los artistas que mientras ese niño muere de hambre construyen las más grandes obras del espíritu humano, contribuyendo así a la elevación y dignificación del espíritu de la especie. Es absurdo considerar a un gran artista como un traidor y hasta como un cómplice de la injusticia social porque con su arte no promueve la revolución mundial.»

Para Sábato los grandes artistas pertenecen a la categoría de los héroes y los santos, sus obras se levantan sobre la sangre y el estiércol de esta triste humanidad como inmaculadas estatuas que miden hasta dónde puede llegar el espíritu humano.

Por esto le resulta curioso que muchos partidarios de la justicia social quieran sacar al hombre de la pobreza física, pero que en cambio, de una manera extraña, al menospreciar las grandes obras de arte porque no están al alcance del entendimiento de las personas más humildes, practiquen otra especie de injusticia social.

«Ellos —dice entonces—, más que nadie, deberían luchar para que un día cualquier hombre, por pobre que haya sido su cuna, si tiene sensibilidad adecuada pueda oír y comprender *La pasión según San Mateo* o los últimos cuartetos de Beethoven.»

Sábato está convencido de que la liberación material es indesligable de la liberación